



REDACCION Y ADMINISTRACION:  
O'Reilly 54, entre Habana y Compostela.

## SEMANARIO SATÍRICO.

DIJANTE CARICATURISTA:  
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero).

Año III.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA  
Un mes.....\$ 1,, | Un año.....\$ 10,,  
Seis meses.....\$ 5-25 | Núm. suelto.....\$ 25

Habana Diciemb. 17 de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.  
Tres meses.....\$ 3-75 | Un año.....\$ 12-75  
Seis meses.....\$ 7,, | Núm. suelto.....\$ 30

Núm. 59

### SUMARIO:

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Emociones, por Juan de Austria.—Armonías políticas, por Juan Perez.—Cuentos de manigua: Las dos barajas (continuación), por Juan San-Tierra.—Soneto, por Arturo Cuyás.—Covadonga, por Centellas.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York; por *Jhan Bull*; de París, por Federico de la Vega.—Sartenazos.—Anuncios.

Caricaturas, por Don Junípero.

### MENESTRA SEMANAL.

Con orla de luto, en papel de seda y con letra menudita, ha publicado *La Revolucion* un alcance para copiar algunos párrafos de los periódicos yankees que tratan sobre las cosas de Cuba.

*La Revolucion* necesitaba un alcance, porque según parece, ya no le alcanza ni un galgo, pues tanto se dió á correr, que se ha perdido de vista: es decir, que *espichó* con todas las reglas del arte, y como mueren los héroes que no tienen nada que hacer.

Periódico de pocos alcances decían que era el papel confeccionado por Echavarría; pero al morir el aludido, quiso probar al mundo, que si tenía pocos alcances, esos pocos eran de órdago, y dió uno, el único de que podía disponer, compuesto y emperregilado como para una fiesta.

Desearía dar á mis amigos una idea exacta de lo que es el alcance de *La Revolucion*, y voy á ver si puedo hacerlo.

Entren ustedes en una taberna ó en un garito en los momentos que estén más llenos de esa *escogida* concurrencia, de pantalon remendado, agujero en los codos de la chaqueta, zapatos *sourientes*, dedo pulgar del pié á la vista del público, con licencia del calzado, que abre sus grietas con ese objeto; camisa ausente, navaja en el cinto y voz aguardentosa; abran ustedes de par en par los oídos y vayan recogiendo las frases que se deslicen de aquellos labios, fatigados de chupar el mosto; todas las palabras recogidas de unos y otros, escribanlas en papel de seda, echen luego una raya de tinta alrededor de este, para imitar una orla de luto, y cátese, con todos sus perfiles y ribetes, el alcance de *La Revolucion*.

El periodiquito insurrecto ha recogido las frases de la prensa americana; pero no crean ustedes que desmerecen en lo más mínimo de las que nosotros hubiéramos podido tomar en una taberna de la más baja estofa.

Si otra cosa dijese los periodistas autores de los parrafitos copiados por *La Revolucion*, es por modestia; créeme, lector amabilísimo, pura modestia.

Los periódicos americanos se juzgan *ofendidos*

porque aquí tratemos de castigar á los enemigos de nuestra patria, y se permiten levantar el gallo.

Figurémonos un individuo cualquiera, cuya casa esté plagada de ratones.

El bueno del hombre, harto de que le roan las levitas y los pantalones y los papeles, recurrirá á todos los medios imaginables para acabar con sus enemigos domésticos. Hará acopio de gatos, fabricará ratoneras, buscará estrignina y fósforos, y hasta le pegará fuego á la casa, si se le hinchán las narices.

Y será la cosa más natural del mundo. Pero figurémonos que un vecino suyo se enfada porque compre los gatos á docena, y las ratoneras á quintales, y un día se levanta con malas pulgas y le pide una satisfacción.

¿Qué dirá el mundo del que así quiere meterse á gobernar la casa ajena?

Lo pondrá en ridículo y lo considerará como una caricatura de Don Quijote.

Eso ni más ni menos es la prensa americana, ó mejor dicho, esa parte de la prensa que se ha ido por los cerros de Ubeda: un Quijote que vé en *La Revolucion* su Sancho Panza, con el borrico y todo. Porque, eso sí, á *La Revolucion* y á su gente no hay quien los apee de su burro.

De buena nos hemos escapado.

Una de estas últimas noches nos acostamos muy tranquilamente los vecinos de la Habana, fiando la seguridad de nuestras personas á la vigilancia de los serenos.

¡Desgraciados de nosotros! no comprendíamos que puede haber un hombre más *sereno* que todos los que tienen por oficio serlo.

Y ese hombre existe, sí señor; y se llama Clousseret.

¡Horror!

El terrible miembro de la *Commune*, el hijo de las furias revolucionarias, padre de la devastación, hermano del incendio y suegro del petróleo, ha estado en la Habana, se ha paseado, quizá, por sus calles, ha dormido entre nosotros, y....

¡Horror!

Hemos dormido sobre un volcan, hemos tenido el precipicio debajo de los piés, hemos nacido, como quien dice, y nada sabíamos, si no hubiera venido á revelárnoslo un telegrama de Nueva York.

Clousseret estuvo aquí y nos perdonó la vida. ¡Loado sea Dios, que le tocó el corazón por buena parte! Pero ya que hemos nacido, por segunda vez, me parece oportuno que pongamos un telegrama á Nueva York, concebido en estos términos:

“Todos los vecinos de la Habana se bautizaron de nuevo tal día á tal hora....—Se repartirán *medios*.”

Conozco muchos que desde que han sabido que Clousseret estuvo en la Habana, van por esas calles oliendo á ver si perciben todavía el olor del petróleo.

¡Cándidos! no comprenden que el célebre comunero viajaba de incógnito.

De incógnito suelen viajar el niño Alfonso y Carlos el Tercero; y vamos á ver, ¿á que no huele á tonto, aunque cualquiera de ellos acabe de pasar por un pueblo?

Por eso lo digo, porque se desfiguran.

El príncipe de Gales continúa enfermo, y el zapatero Odgers continúa soltando cada discurso, en contra suya, que tiembla el firmamento.

Pero el infeliz maestro de obra prima ha empezado á encontrar las quiebras de su nuevo oficio de orador.

Hallándose perorando en un club, entraron en la sala varios individuos de distinto modo de pensar que el zapatero, y para refutar las opiniones de este, apagaron las luces, echaron á rodar las sillas, enarbolaron los garrotes, y hubo la de Dios es Cristo. Mr. Odgers salió huyendo, si no á uña de caballo, á uña de zapatero, para sacar á salvo sus costillas.

Sin usar anteojos, me parece ver la mano de la Providencia en estos dos hechos: la enfermedad del príncipe y la paliza del zapatero.

Poniendo Dios al heredero de la corona de Inglaterra entre la muerte y la vida: teniéndolo por espacio de algunos días más cerca del sepulcro que del trono de sus mayores, parece como que ha querido apartarlo de su camino, colocándolo en terreno neutral, para luego decirle:—“Príncipe, á tu *principado*.”

Como le ha dicho á Odgers:—“Zapatero, á tus zapatos,”—en un lenguaje muy parecido á los garrotazos.

Porque si el bueno del profesor de obra prima tenía cambiados los frenos, metiéndose á *extirpador* de dinastías, no menos fuera de su círculo se encontraba el hijo mayor de la Reina Victoria, dando que hablar á las gentes y que sentir á las mujeres honestas y á los maridos confiados.

Con que, vamos á ver si ahora se enmiendan los dos: eh?

Zapatero, á tus zapatos.

Príncipe, á tu *principado*.

Ultima hora.

Al terminar la semana quedan las cosas del modo siguiente:

El *Terror*, fondeado en el puerto de la Habana, según dicen unos, y metido en el cuerpo de los mambises, según otros.

El hijo del emperador de Marruecos, tan cam-



pante, en la Alcazaba, esperando que le devuelvan los comestibles que le robaron, ó que le manden dinero para comprar ánimos.

Los negros Minstrels, en Albisu, sin hacer pizca de gracia á nadie.

Los radicales sin entrar en el poder.

Y un servidor de ustedes, bueno de salud, pero mal de pesetas.

JUAN PALOMO.

#### EMOCIONES.

Cuentan de un caballerete, muy deseoso de ver su nombre en letras de molde, que le decía cierta vez á un periodista amigo suyo:

—No le perdonaré á usted nunca que no me haya nombrado ayer en el periódico, siendo así que ví una lista de más de veinte personas, y entre ellas me pudo usted incluir.

—Pero, hombre, si era una lista de condenados á presidio....

—Y qué más dá!

Tendría ó no tendría afán el mocito de dar su nombre al público?

Pues lo mismito les sucede á esos individuos, mitad hombres y mitad gallinas, que en conjunto forman el laborantismo,—y perdonen ustedes si me permito hablar de cosas pueras.

Verse nombrados, aunque sea para llamarles *perros judíos*, es el afán de los que de las cosas de Cuba alimentan sus ilusiones; y desde el 5 de Diciembre, todos los años, hasta el 4 de Diciembre siguiente, pasan los trescientos sesenta y cinco días, hora por hora, minuto por minuto, corriendo, agitando, luchando, gimiendo, hablando, y suspirando sólo porque Mr. Grant lo mencione, por vía de posdata, en su mensaje al parlamento.

Agovian al Presidente con sus peticiones; lo rodean de agentes suyos que le recuerden á todas horas el asunto: seducen al cocinero, para que en el lechón que le sirva en el almuerzo estampe un letrero que diga: *esta es la insurrección de Cuba*; hasta en los calzoncillos, al ponérselos una mañana, vió don Ulises escrito en la parte más ancha, en la de más atrás: *¡viva Céspedes!*.... Es un bloque lo que sufre el pobre señor.

Y pega ó no pega la cosa, se acuerda ó no se acuerda de tales alimañas el primer magistrado de los Estados-Unidos; pero olvídense ó no se olvide de la quisicosa cubera, menciónela ó no la menciónen, el resultado es el mismo: nada, ni chicha ni limoná.

Sólo queda la alegría de los interesados; alegría inmensa, indescriptible: júbilo que les hace olvidar que es costumbre satisfacer las deudas, y por eso parece que tienen tantas.

¡Qué de emociones no habrán experimentado esos individuos, mitad personas y mitad gallinas, al verse aludidos el día de Santa Bárbara, de un modo digno del nombre de la santa!

¡Oh, dulcísima, beatísima y piadosa patrona de los truenos (de todas clases) y de las tempestades; tú puedes prestar tu nombre á los emigrados laborantes y les harás con ello un favor!

Lució el día de Santa Bárbara, y al salir la aurora en su carro de ópalo y grana, comprado el día anterior en una agencia de mudanzas, el Presidente Grant echó arenilla al pliego de papel donde acababa de escribir su discurso, se limpió el sudor y se desabrochó los calzoncillos en la pierna izquierda para dar salida á una pulga que le había estado atormentando toda la noche.

Casi al mismo tiempo, en una casita de campo inmediata á Nueva York, una mujer entradita en años, pero fea; tea, pero tonta, colgaba de un clavo las pantorrillas de goma que usa durante el día, y se acostaba murmurando entre dientes (postizos): —“Hablaré de nosotros?”

Un marido, al parecer hombre, tomó la posición horizontal al lado de la mujer, y dándole un puñetazo en la cadera izquierda, exclamó:—“O dejo yo de ser *Ciruelo*, ó el Presidente habla de reconocimiento en su mensaje?”

“No eran estas solas las escenas que tenían lugar en los mismos instantes.

En una casa de buena apariencia estaban reunidos en club algunos hombres con cara de color de aceituna sevillana. Mudos y soñolientos, oían la relación de los emisarios que continuamente entraban y salían.

Los emisarios, situados frente á la Casa-Blanca, observaban cuanto ocurría y lo comunicaban con toda premura al club.

—A las doce, decía, uno asomó la cabeza por la gatera un gato negro.

—¡Negro! repetían los congregados; mal augurio; no hablará de la cuestión de Cuba!

—Hemos vuelto á ver la cabeza del gato, dijo un segundo, y no era negro, sino pardo.

—¡Ole con ole, con ole! esto vá bien: beligerantes seremos, aunque no lo parezcamos.

—Nada, de lo dicho, señores, nada de lo dicho: aquello no era gato.

—¿Era liebre?

—Nó, señor; era gata!

Momentos de confusión; muchos pierden las esperanzas, algunos la vergüenza, otros demuestran que ya la tienen perdida hace tiempo.

Las horas pasan; el sol sigue su marcha, el Presidente Grant se ha puesto camisa limpia, ha leído tres veces para sí el discurso, y le ha añadido varios puntos y comas.

La mujer de la casita de campo se ha despertado, después de dar algunos mordiscos á su marido, soñando que estaba comiendo carnero.

El momento se acerca. Sensación general!

Yo me conmuevo, tú te conmueves, él se conmueve.

Conmúevase usted, lector amabilísimo, que no cuesta ni un real conmoverse.

Abre la boca el Presidente y dice.... lo que dijo: nada; una receta para convertir los asuntos en agua de cerrijas.

Un emisario parte veloz y á todo el correr de sus piernas llega al club. Por el camino había ido pensando lo que diría á sus amigos: “Habló y dijo mucho y bueno, les diré,” pensaba entre sí.

Pero entra en la sala, agitado, trémulo de emoción, fatigado de la carrera, y en mitad del aposento exclama:

—Habló y dijo mu....

Y cayó muerto sin poder acabar la frase. La emoción y el trote largo lo mataron.

Bramoso, que era el primero de los que estaban sentados en un banco, abrazó á Echavarría, este al otro, el otro al otro, y así sucesivamente se abrazaron todos, formando una especie de enredadera. Apretó el de más fuerza y sacaron todos la lengua, poniéndoseles los rostros amoratados.

La mujer de la casita de campo se echó á la calle sin acordarse de ponerse las pantorrillas que estaban colgadas, y no la conocieron los que tenían costumbre de observarla por las bases.

Hubo banquetes, regocijos, músicas y jolgorio.

Era aquella una alegría que emborrachaba.

Pero salió un filósofo, pues también entre la gente laborantil hay filósofos *alemanes*, y embargado por la emoción y por los tribunales españoles, exclamó:

—El mensaje hace mención de lo de Cuba ¡muy bien! dice que este pueblo siente mucho que aún continúe la lucha; y ustedes retozan de satisfacción: todo eso es muy santo y muy bueno, pero entre tanto.... qué comeremos?

JUAN DE AUSTRIA.

#### ARMONIAS POLÍTICAS.

Incoherente y en algun sitio vacío completamente de sentido apareció mi anterior artículo; y no por culpa mía, por este puñado de cruces, sino por *mor* de otro, al que nada se le puede negar. Así es que mis pasadas *armonías* se convirtieron en *discordancias* por arte del demonio.

Probemos hoy á ver si soy más feliz: trataré de asuntos que no tengan malicia, de aquellos que constituyen la política inocente, incolora é insípida, política mi ísterial de la más acreditada. Me coloco previsoramente en el buen terreno, y abroquelado tras la irresponsabilidad de artículo insignificante, espero tranquilo que me entren moscas.

Por lo pronto, renuncio á las indirectas á lo padre Cobos, y prescindo de pullas; y si me tienta el enemigo, yo sabré ahuyentarlo con un *vade retro* arzobispal.

A propósito de pullas: no ha sido floja la que un periódico de Manzanillo ha soltado á sus queridos colegas y á no pocas notabilidades de situaciones pasadas, presentes y futuras. ¡Caspitinal y qué claro se explica el órgano manzanillero! Oigan ustedes:—“Un periodista, dice, puede disponer y hacer uso del incenciario, y el incensario es el secreto de algunas fortunas y de muchos elevados puestos....”

¡Demonio! y qué modo de conocer á la gente

tiene el colega. Por supuesto que nada de lo que dice le toca á JUAN PALOMO ni al pelo de la ropa, porque en su batería de cocina no ha figurado nunca el chisme incensador. Después de lo dicho, ¿se convencerán ustedes del origen de sacristía que tienen no pocos elevados rangos? Y no me digan maldiciente, que el descubrimiento se debe al *Voluntario* de Manzanillo, cuyo redactor es de aquellos que no se muerden la lengua.

*La Internacional*.... ¡quién lo diría, señores! *La Internacional* encuentra defensores en el seno del Congreso.

Que la defiendan cuatro pelagatos que no tienen tras qué caerse, ni conocen la moral más que de oídas, no lo extraño, porque el que nada tiene, nada siente, y á río revuelto, ganancia de pescadores. Pero que personas decentes, *leídas y escritas*, como Salmeron, Pí, Castelar y Figueras, alcen su voz en el santuario de la ley para apoyar una causa que está irremisiblemente perdida en la conciencia pública, interpretada esta vez por Candau y Alonso Martínez, es cosa que no me la explico.

¡Qué apostasía, señor Castelar! Usted, que tantas cosas buenas ha dicho, inspirándose en la contemplación y en ese delicado sentimiento ascético que presta á sus palabras esa arrebatadora elocuencia con que sabe fascinar á su auditorio, venir ahora á disculpar los extravíos de los enemigos de la familia, á glorificar á los enemigos de Dios!

¡Qué humillación, señor Pí y Margall! Usted, que tanto se cuida de la Economía política, apoyar hoy á una sociedad trapisondista y derrochadora, dispuesta á echar la casa por la ventana, y tras la casa, al casero!

¡Qué vergüenza, señor Salmeron! Usted, que es un dije para eso de hablar de filosofías nebulosas y añejas civilizaciones, de leyes y derechos, incurrir ahora en la extravagancia de defender á una asociación que nos llevaría á la barbarie y en la que no hay un sólo derecho que no salga más torcido que *el sable de papá*!

¡Qué escándalo, señor Figueras! Usted, que es el hombre de pacífica sonrisa, de palabra suave y meliflua, de calma y moderación, declararse hoy paladin de esa sociedad que trae alborotado el cotarro en el mundo entero, y empieza por pedir lo ajeno para concluir por tomar lo que no es suyo!

Y no hay remedio; tales apostasías, humillación, vergüenza y escándalo se ven consignadas en el *Diario de Sesiones*, con clara y correcta impresión á dos columnas. Ahora hagan ustedes por su cuenta los comentarios que por la mía suprimo.

Opino como un colega: la ex-emperatriz de Francia es una gran figura histórica, y agregó: un montoncito de gracia española, con una cara y unos ojos capaces de quitar el sentido á cualquiera que tenga buen gusto; y le echo este piropro con permiso de don Luis, porque la galantería no excluye el respeto que á todas las personas bien criadas deben inspirarnos las *grandes figuras*.

El colega lo dice, refiriéndose á una sentimental epístola que esa señora envió al emperador de Austria, suplicándole interviniera en la guerra franco-prusiana. Tomó el emperador tan á pecho la carta, que, en efecto, en nada intervino; conducta nada cortés, poco valiente é inútilmente conservadora, porque de todos modos, si Dios no lo remedia, austriacos y prusianos acabarán por andar á tiros, y más le valía al emperador salir pronto del paso, con lo cual se ganaba darle un gustazo á doña Eugenia, que con tanta necesidad lo pedía.

A mí me gustan todas las grandes figuras, tanto que he de trasladar mi domicilio á una de esas históricas Cortes europeas, ricos museos que las contienen por miles; pero hay otros hombres, que á pesar de no dar que decir al cable ni pasto á las floridas elucubraciones de atildados corresponsales, han hecho por la humanidad más que Napoleones y Guillelmos. Sé que un pobre albañil, llamado Gabriel Cáceres, hizo durante la inundación de Almería prodigios de valor, salvando á un infeliz anciano que perecía en medio del torrente; Cáceres expuso cien veces su vida, y si esto nadie lo ha contado, ensalzado y aplaudido, lo digo yo, porque se me antoja que mi paisano el albañil es un héroe, y no de esos *de pega*, que pululan hasta fastidiar.

El dinero francés, transportado con todos los re-



quisitos debidos al suelo alemán, está dando ya óptimos frutos. Por lo pronto, ha hecho saber al país por boca imperial que el estado de la Hacienda es de lo mejorcito, gracias á ese refuerzo de patacones; que sobra el dinero, y por lo tanto, preciso es emplearlo bien, para lo cual se le aumentó el sueldo á todos los empleados públicos que no estuvieron en la guerra.

Esto dijo Guillermo de Prusia y se quedó tan fresco; había resuelto el problema: se trata, dijo, de dar útil empleo á esos cuartos? pues á los empleados con ellos, que ya lo sabrán emplear.

Por si los millones franceses no alcanzaren á cubrir las justas dádivas, Mr. Bismark, que está en todas, se propone mandar otra vez á Francia unos cuantos millones. . . . de hulanos por el resto que allí quedó. Ocuparán militarmente los seis departamentos que estuvieron en rehenes, y los prusianos aprenderán en pocos días á decir en francés: ¡la bolsa ó la vida! A esto contestarán los hijos de San Luis: ¡Nos hemos lucido!

En este estado de cosas, los bonapartistas dan vivas á Napoleon en las calles de París, y como nadie los contradice, es de presumir, que viniendo don Luis al mismo tiempo que los hulanos, lo de Sedan podrá tener una segunda edición muy del gusto de los que no cesan de gritar: ¡que se repita! Si eso sucede, he de aturdir á mis lectores con una *armonía* que las oirán los sordos.

JUAN PEREZ.

#### CUENTOS DE MANIGUA.

##### CUENTO CUARTO.

##### LAS DOS BARAJAS.

##### XXXV.

El brigadier Comandante general del Departamento Central me recibió con la afabilidad que era natural en él, y apenas le indiqué que teníamos que conferenciar sobre un asunto reservado, me llevó á su despacho, echando por dentro el cerrojo de la puerta.

—¿De qué se trata? me preguntó sentándose y señalándome un sillón enfrente del suyo.

—Se trata, señor gobernador, le contesté, de una confidencia importante.

—¡Hola! ¿hay caza? Soy todo oídos, añadió cruzando una pierna sobre la otra y apoyando la mejilla en la mano derecha.

—Creo que agradecerá usted á los leales que le rodean, que arranquen la careta á los traidores que se acercan á la autoridad con fines nada dudosos, abusando de la confianza que aquella les dispensa para llevar noticias y recursos al campo enemigo.

—¡Ya lo creo! exclamó el brigadier, abriendo mucho los ojos, y más que los ojos, las orejas. ¿Quiénes son esos traidores?

—¿De qué personas desconfía usted más entre las que se le acercan de día y de noche?

—Casi desconfío de mí mismo, señor don Juan, pues la serie de decepciones que vengo sufriendo desde que se dió el grito rebelde, me hace vivir muy avisado; pero aseguro á usted que acaban de pasar por mi pensamiento todos los individuos á quienes dispense la confianza que la reserva de mi destino y el estudio de la experiencia me permiten, y no adivino quién pueda ser. . . .

—Pues hay uno, le interrumpí, que viene á esta casa todas las noches, que habla sin cesar de su españolismo, que execra de palabra á los rebeldes, que ofrece vida y hacienda por nuestra causa, y que entra en los círculos de los leales para enviar noticias al enemigo, haciendo de ese modo inútiles los esfuerzos del gobierno.

—¿Quién es ese felón? preguntó el gobernador, incorporándose en su asiento y marcando en el fuego de sus ojos toda la ira que había estallado en su alma. ¿Es por ventura el propietario Martínez?

—Es otro más solapado todavía.

—¡Ya! De seguro es aquel maestro de escuela que viene á menudo con la cara muy compungida. . . .

—Nó, señor gobernador; he dicho que nuestro hombre viene todos los días.

—¿Acabe usted de una vez! ¿Quién es ese miserable?

—Don Ruperto Casamayor.

—¡Capasto! . . . exclamó el bravo militar, dando con las palmas de las manos dos terribles golpes en los brazos del sillón. ¡Eso no es posible!

—Pues, sin embargo, nada hay más cierto.

—¡Las pruebas!

—Aquí están.

Y le presenté la carta de Palanquetilla á Gabriel Molina, explicándole dónde había encontrado aquel papel y cómo había estado tanto tiempo en mi poder sin leerlo.

El Comandante general movió repetidas veces la cabeza á derecha é izquierda, mordiéndose los labios, hasta que al fin dejó escapar estas palabras:

—¡Está visto! ¡De nadie se puede uno fiar! de nadie!

—¿De mí, sí? exclamé como resentido.

El brigadier me tendió la mano, diciendo:

—Póngase usted en mi lugar y disculpará mis palabras, que no lastiman de manera alguna á los valientes que han derramado su sangre peleando por nuestra bandera.

—Los buenos españoles estamos dispuestos á ofrecer por la patria la sangre que nos queda.

—Desgraciadamente para la patria, el plomo enemigo ha inutilizado á usted en esta campaña.

—Antes de retirarme á mi casa, espero todavía hacer algún servicio á mi país.

—Le engañan á usted las fuerzas.

—Nó: haré un esfuerzo superior.

—¿Qué pretende usted, don Juan?

—La persona de don Ruperto Casamayor me pertenece; déjeme usted que siga el hilo de este negocio hasta darlo por terminado.

—Poco durará, pues ahora mismo voy á mandar que lo fusilen.

—No es posible, señor gobernador; esta carta no es bastante prueba, porque él negará todo; ya usted le conoce.

—Aseguraré su persona.

—Ese es el primer paso que quiero dar.

—¿Vá usted mismo á prenderle?

—Sí.

—Firmaré la orden.

—Ahora no es la ocasión, porque el prójimo es astuto, y como vivirá prevenido, es fácil que nos viera llegar.

—Entonces, ¿cuándo?

—Esta noche, cuando se retire de aquí, le acompañaré, sólo, y después que entre en su casa, y conferencie con él para sacarle algo del cuerpo, la policía, que esperará fuera, á mi aviso dará el golpe, registrando sus papeles.

—Venga usted esta noche, que el jefe de policía se pondrá á las órdenes de usted en todo.

—Creo que conmigo se franqueará mejor que con los agentes del gobierno.

—Gracias por la confidencia, pues de ella me prometo un buen resultado, me dijo el gobernador, extendiéndome de nuevo la mano. Hasta la noche.

Sali muy satisfecho de mi entrevista, y corrí á mi alojamiento, donde me esperaba el alférez con la mayor impaciencia. Al entrar, pedí el almuero, pues estaba desfallecido, y acercándose á Pacheco, le dije, echándole los brazos al cuello:

—¡Casamayor es nuestro!

—¿Está preso?

—Todavía nó; pero tengo ya la autorización para caer sobre él como el tigre sobre su presa; quisiera que el reloj tuviera alas, porque deseo encontrarme cara á cara con ese bribón, y ver el gesto que hace cuando sepa el objeto de la visita extemporánea que me propongo hacerle. ¡En ese momento nos las paga todas!

—¡V no poder ir! . . . exclamó Félix.

—Tampoco yo puedo por el estado de mi salud; pero iré, porque á lo menos tengo completas las piernas.

—¿Qué fortuna!

—Para prevenirme bien, empecemos por almorzar, que la debilidad me amigüla.

—¿Quién piensa en comer en momentos tan críticos?

—¿Quién? Yo, querido amigo; ahora vá usted á verlo.

Y llamando á los asistentes, me senté á la mesa, con un apetito que sorprendió á Pacheco, cuya desgana tenía su legítimo fundamento.

##### XXXVI.

Las horas pasaron, porque todo pasa en el mundo, y por la noche salí de casa para ir á la del Comandante general, teniendo la precaución de meterme en el bolsillo un *revólver* pequeño, pero tan seguro como el golpe que me proponía dar.

La tertulia de la primera autoridad del Departamento se componía, por las noches, de los jefes de los cuerpos y de algunas personas de la ciudad, que por afecto ó por miedo, procuraban hacerse visibles diariamente para probar su adhesión á la causa de España; por supuesto, el objeto de la conversación era siempre uno mismo; cuando una gran calamidad persigue á una población, allí donde se reúnen dos personas, no se habla más que del mal que afecta á todos; el hambre, la miseria y la guerra no eran alicientes bastantes para sostener el interés de una tertulia, cuando en ella no había una sola persona que no sufiera los estragos y los temores de esos tres tan grandes como poderosos enemigos del

género humano? La situación de Puerto-Príncipe era terrible, y cada día se hacía más grave, por cuanto no llegaban recursos de ninguna clase; la desesperación iba apoderándose de los ánimos, no faltando quien acusara á sus hermanos, aunque injustamente, del abandono en que los tenían; allí nada se sabía de la Habana ni de los otros puntos de la Isla; allí no se pensaba sino en morir dentro de la ciudad, sin entregarse.

Cuando la conversación estaba más animada salí al balcón, donde se hallaba el gobernador; este me deslizó en la mano un papel y un objeto pequeño, diciéndome:

—Don Ruperto Casamayor acaba de entrar en el portal; ahí vá la orden de prisión y un pito, cuyo sonido conoce bien el jefe de policía, que á las diez estará con su gente apostado en la vecindad. Puede usted ir seguro.

—No tardaré en volver á dar á usted cuenta de mi comisión.

El gobernador se retiró del balcón en el momento en que don Ruperto entraba en la sala.

—¡Hola, amigo Casamayor! le dijo un coronel; llega usted á tiempo para decirnos de qué color es el pan de esta tierra.

—¿De qué color? ¿Por qué me hace usted esa pregunta tan extraña?

—Toma! porque hace dos meses que no sólo no me trato con él, sino que ni aún de vista lo conozco, contestó aquél riéndose.

—Exactamente lo mismo digo yo, querido coronel; ya se me ha olvidado hasta la forma del pan; y lo peor es, que segun vamos, llegará día en que los dientes se tomen, como las armas que no se usan. ¡Pícaros mambises! ¿qué caras nos cuestan sus travesuras!

El Comandante general y yo nos miramos, y la indignación se pintó en nuestros semblantes.

—Es imposible, dijo uno, que tarden mucho en venir tropas de la Habana, porque ya es tiempo de que hayan llegado refuerzos de España.

—Lo malo es, añadió otro, que como no conocen el camino ni el número de los enemigos, es expuesto lanzarse á ciegas por las sierras que hay que atravesar desde Nuevitás aquí.

—¡Cál exclamó don Ruperto; veinte de nuestros valientes soldados se abren camino por entre esa canalla!

El Comandante general y yo volvimos á mirarnos; él hizo un movimiento con los hombros como para arrojarse sobre e descarado laborante; yo me contenté con meter la mano en el bolsillo para acariciar la orden de prisión.

El brigadier, después de haber dominado su impulso, le preguntó:

—¿Se atrevería usted, señor don Ruperto, á mandar esos veinte soldados y con ellos llegar hasta Nuevitás por entre esa canalla?

El tío de Adelina se inmutó ligeramente, pero reponiéndose al momento, contestó con la risa en los labios:

—No soy militar; pero crea usted que tendría un gran placer en serlo en esta ocasión para castigar á esos pícaros rebeldes, que nos están matando de hambre y que intentan desmembrar el territorio que tan legítimamente conquistaron nuestros padres.

El brigadier, para esconder la ira, volvió á salir al balcón, evitando así comprometer el golpe con un arranque de su carácter impetuoso.

Al dar las diez, hora en que, como saben ya mis lectores, se apagaban los pocos faroles que en las puertas de las casas encendían los vecinos, los contentulios se despidieron, diseminándose por las calles.

Al salir del portal, me acerqué á don Ruperto Casamayor, y cruzando mi brazo derecho por el izquierdo suyo, le dije:

—Hace una noche deliciosa, y voy á tener el gusto de acompañar á usted á su casa.

—¡Oh! me dá usted en ello gran placer!

Y seguimos por la calle de la Contaduría, hablando de la triste situación de la ciudad.

(Continuará.)

JUAN SIM-TIERRA.

#### SONETO.

“Como el primer amor nada en el mundo,”  
ha cantado un poeta valenciano,  
que si en el plectro tuvo docta mano,  
fué en materia de amor poco profundo.  
En esa idea al menos yo no abundo,  
que aunque dulce es sin duda amor temprano,  
no se debe decir en castellano  
que aventaja en dulzuras al segundo.  
Más dulce es el tercero todavía,  
y el cuarto lo es aún más que el tercero,  
que á cada nuevo amor más se extasia,  
el alma en este goce pasajero;  
y al libar del postrero la embrosía,  
nadie se acuerda del amor primero.

ARTURO CUYAS.





FIESTA NACIONAL CELEBRADA EN MATANZAS.

(Los días 7, 8 y 9 de Diciembre de 1871.)

Ayuntamiento de Madrid





Los terribles romanos conquistadores del mundo.



## COVADONGA.

¡La mar!—Feliz inspiración fué la del que con esa palabra llegó á expresar lo inexpresable. Sin ella, de este laberinto en que me ha metido JUAN PALOMO, encargándose la descripción de unas fiestas que él honró con su cuerpecito garboso y animó con su *aquel* de costumbre, me sería más difícil salir que á Céspedes de la cueva donde se esconde para poner en Nueva York su cuerpo á salvo de agujeros y otras fruslerías.—¡La mar! hé aquí la síntesis, y acaso me quede corto, de unas fiestas comparables solo á.... ¡la mar!

Bulla, jaleo, iluminación, adornos, cortinas, pabellones, arcos, tiendas, obeliscos, palmas, música, cantos, bailes, voluntarios de aquí y voluntarios de allá, certámen literario, procesiones, solemnidades religiosas, paseos, regatas..... ¡la mar!

Eso han sido las fiestas de Covadonga celebradas en la vecina ciudad de los dos ríos por la Comisión Asturiana que preside el Ldo. Villar, en los días 7, 8 y 9, y continuadas en esta capital el 10 y el 11. El *Diario de la Marina*, *La Voz de Cuba* y *La Constancia* han publicado relaciones muy serias de esas manifestaciones del sentimiento patrio y la fe religiosa, y lo que de mí exige JUAN PALOMO es la antítesis de ese trabajo, una descripción ligerita, muy ligerita, que todo lo diga y no diga nada, porque nada nuevo hay ya para ninguno de mis lectores.

Bueno: pues ligerita y á la carrera va la relación.—En primer lugar hemos dado el capirotazo del siglo á Céspedes. ¿Cómo? preparando la tierra para españolizarla por medio de la tradición, de los recuerdos y de las costumbres patrias. ¿De qué manera? con la celebración de las fiestas de Covadonga.

En segundo lugar, hemos dado un mico á los junteros de Nueva York y sus simpatizadores en la Unión Americana y fuera de la Unión. ¿Por qué? porque mientras ellos echan á rodar la bola de nieve de la calumnia, para que ésta tome proporciones colosales, pintándonos como un pueblo desenfrenado; nosotros damos el grandioso espectáculo de nuestra inquebrantable unión y nuestra decisión de morir abrazados á la bandera española.

En tercer lugar, han ido á la manigua unas cuantas remesas de esperanzas perdidas, de proyectos frustrados, de ilusiones que se desvanecen. ¿Demostración? al canto va: probando que Cuba es nuestra y lo será eternamente, porque para conservarla tenemos la razón, el derecho, la fuerza y están á nuestro lado los más y los mejores hijos de esta tierra, dispuestos á sacrificarlo todo por nuestra patria, que es la suya también.

En cuarto lugar.....

—Pero señor Centellas: ¿le parece á usted que hacen falta más lugares para tales demostraciones?

—Le diré á usted, Sr. PALOMO: hacer falta no la hacen ninguna, porque eso está demostrado hasta la saciedad.

—Y entonces....?

—Como usted me encarga que describa las fiestas....

—Bonita manera de hacerlo, amigo.

—Bien: ella no será bonita, pero es verdadera. ¿No le he dicho ya que las fiestas han sido.... ¡la mar! Pues ahí está la demostración: en esa mar inmensa del patriotismo y la unión española se han ahogado las esperanzas laborantiles, y por ella navega enhiesta nuestra bandera en la corbeta *Unión Española*. ¿Qué importa lo demás? Si las fiestas estuvieron animadísimas; si Matanzas apareció rejuvenecida con tantas galas; si el orden más completo reinó en todos los actos; si en sus bailes, cantos y meriendas se vieron siempre confundidos los hijos de todas las provincias, fué porque esa unión les animaba y porque los españoles saben muy bien que con ella han sido, son y serán invencibles.

Las minuciosidades de las fiestas se quedan para otros, que ya de ellas se encargaron. Y á mayor abundamiento, la magnífica lámina que *Don Junipero* ha dibujado para este periódico suple á la mejor descripción que de ellas pudiera hacerse.

Mis lectores saben lo que necesitan saber, que aquellas fueron..... ¡la mar!

JUAN CENTELLAS.

## CARTAS TEATRALES.

## SEXTA.

Sr. D. JUAN ELO.—MADRID.—Si se dijese en Madrid, mi querido tocayo, que en una semana se habían presentado en el teatro Real tres óperas nuevas, todo el mundo se asombraría y lo tendría por imposible. Casi imposible y un tanto milagroso es en efecto, y sin embargo, la empresa del gran teatro de Tacon lo ha realizado, dando á conocer una vez más, de este modo, su afán por complacer al público y presentar novedades á los abonados.

En los teatros de esta población no puede sostenerse muchas noches seguidas una misma obra, y el director de la compañía lírica comprendiéndolo así, satisface á la generalidad, aunque sea á costa de la perfección y de ciertos primorosos perfiles de que han de ir precisamente revestidas las composiciones musicales para que resalte todo su mérito.

Cierta vez se estuvo ensayando ocho meses seguidos, una obra para ponerla en escena en el teatro de la Grande Opera de París. Es verdad que esa obra era *La Africana*, *spartito* preñado de dificultades y que requiere mucho estudio para ser comprendido; pero no deja de ser difícil la música de Bellini y sino ocho meses, necesita un tiempo tres veces mayor del que aquí se ha invertido para ensayarla y pulirla. Esto te demostrará el excesivo trabajo que pesa sobre la compañía lírica, cuyos afanes son dignos de elogio.

*La Sordmbula*, *Poliuto* y *Traviata* son las tres óperas que te he indicado. Es decir, música de los tres maestros más queridos del público; Bellini, Donizetti y Verdi: Bellini, el de las dulces melodías, el que en algunos de sus cantos ha escrito una epopeya de amor, de sentimiento y de ternura; Donizetti, el apasionado, el fogoso compositor, que tan bien sabe pintar la desesperación en el *Maledetto* de la *Lucía* y el valor heroico y la fe sublime del cristianismo en el duo de *Poliuto*; Verdi, el de impetuosa inspiración y atronadora instrumentación. Los tres han dado los frutos de su ingenio á nuestro Gran Teatro.

No quiero hoy hablarte de *La Sordmbula*; respeta mi silencio; espero verla por segunda vez y entonces te daré mi parecer. Sólo quiero ahora dejar consignado que hace ya ocho días que se puso en escena y aún, en los pasillos del teatro, en los cafés, en las tertulias, en las visitas, en todas partes se oyen elogios de la Srta. Dalti por lo bien que desempeñó el difícil papel de Amina. La jóven y bella cantante debe estar satisfecha de su triunfo.

Una de las obras que más nombradía han dado á Tambrlick es *Poliuto*. En efecto, la manera como canta el célebre tenor, el *Crado* y el duo del tercer acto, es suficiente para crearle una reputación de gran artista. En el final del segundo, prepara de una manera tan admirable la grandiosa escena del *Crado*, que dueño enteramente del ánimo del espectador, le hace prorrumpir en aplausos desde las primeras notas de esta inspirada pieza musical. Sube aún más de punto su mérito, si cabe, en el duo, y obrando con justicia debo decir, que el gran tenor tuvo una digna compañera en la Reboux, que lo cantó con *bravura* y dramática entonación.

El conjunto de la obra se resintió de falta de ensayos, pero no quiero juzgar con severidad y espero la segunda representación, que ya será más igual y estará más en caja.

La música de Verdi, se adapta más á las facultades de Mari que la de Donizetti. Su poderosa voz no puede dominarse tan fácilmente y con dificultad logra emplear la *mezza-voce*.

En la representación de *La Traviata* corresponden de hecho los honores al baritono Sparapani. Te aseguro, querido Juan, que es una de las veces que mejor desempeñado he visto el papel del padre de Alfredo. Aplomo, dignidad, exacto conocimiento del tipo, gran afinación, acento inspirado, sentimiento, admirable facilidad en el órgano de la voz, todo eso demuestra el jóven artista en *La Traviata*. Por conducto de esta carta le envío mi enhorabuena, y un aplauso más.

Los otros *cost-cos*: al tenor le falta sentimiento, aunque á decir verdad, demostró bastante en el duo del tercer acto: la Giuliani, que dice bien el aria no consigne arrebatar en las demás escenas de la obra: El conjunto, un poquito lánguido.

Del teatro de Tacon paso al de Albisu, donde un numeroso público, ávido de emociones fuertes, presencia todas las noches el arriesgado salto del niño Boby y los sorprendentes ejercicios de su rival, como le llaman los carteles, en la plataforma elástica.

Si se eliminasen los dichosos negros Minstrel, ganarían mucho los espectáculos que ofrecen los Hanlon. Por decoro del público, y por el buen nombre de esta ciudad, que siempre ha tenido, y con razón, fama de culta, deben suprimirse los trabajos de los tales negritos.

Cree que te lo dice muy de veras, tu afectísimo,

JUAN PARTICULAR.

## EPÍSTOLAS Á "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 7 DE DICIEMBRE.

En la semana pasada te quedaste sin mi acostumbrada epístola, JUAN PALOMO, gracias á la habilidad, talento y disposición que tienen estos marineros americanos para dar bailes.

Encontrarás algo extraño, sin duda, que estas dos cosas tengan correlación, y, sin embargo, así es, como voy á demostrártelo.

No olvides que tenemos, ó mejor dicho, que nemos tenido un Príncipe entre nosotros, pero no un Príncipe de esos que viajan por el extranjero porque no pueden en su casa, como Alfonsito y Luisito y Carlitos, sino un Príncipe de veras, cuyo papá tiene la corona de varias Rusias metida hasta las cejas.

Ya conoces á Alejo; te lo presenté en mi última carta. Sabes también que se le preparaba un baile morrocotudo en la Academia de música, y has de saber, que como el Comité de obsequios no contó para nada con los oficiales de la marina de guerra americana, éstos resolvieron vengarse.

Y lo hicieron, sí señor. ¿Qué no harán unos marineros que cuentan en su seno hombres como el almirante Rodgers?

Pero vamos á cuentas y á mi cuento. Que se vengaran del Comité de obsequios esos desechados oficiales, santo y muy bueno! pero que se vengaran de mí y de otros pobres lízaros, que como yo, no tenían maldita la culpa del desaire del Comité, es lo que no les perdono, ni debes tú perdonárselo, puesto que ha sido la causa de que te quedaras sin epístola.

Los marineros, sabiendo que el Comité daba su baile en la Academia el martes, decidieron obsequiar al Príncipe el lunes con un gran baile en el arsenal de Brooklyn.

Ellos pensaron (y pensaron bien los condenados) que siendo el primero, todo el mundo tendría más interés en asistir, y que el martes por la noche el Príncipe, cansado de bailar la noche anterior, no tendría muchas ganas de mover las piernas.

Y yo me dejé alucinar y fuí al baile de Brooklyn arrastrado por la maldita curiosidad..... de una muchacha muy guapa que *velis nolis* me hizo que la acompañase á ver al Príncipe.

Durante el baile todo fué bien; y digo que todo fué bien, pues aunque los primeros lanceros no pudimos acabarlos porque los enredó una vieja que bailaba con el Príncipe, (la señora almiranta, cuya maternidad pesa tres quintales por lo ménos); con todo, no puedo quejarme del baile, porque mi muchacha no bailó con el Príncipe, á pesar de sus ardientes desos de que viniera á sacarla, y pude disfrutar toda la noche de su agradable compañía.

Pero llegó el terrible momento de tomar soleta, y ahí fué cuando principió la venganza de los marineros.

Dejé á mi compañera en el salón destinado á las damas y me dirigí á la guardaropía de los caballeros en busca de mi sombrero y mi gabán.

Ahora viene lo bueno.

Allí me encontré con una barahunda de tres mil demonios.

El gran talento náutico de los marineros había dispuesto las cosas de tal modo, que los abrigos y sombreros de los convidados estaban hechos un montón, y cada cuál buscaba el suyo, y este cogía y aquel dejaba, y no encontrando el que le pertenecía, se hacía con el primero que llegaba á sus manos.

Yo quisiera buscarte una comparación para que te formaras idea de aquel *maremagnum*. ¿Has echado alguna vez un puñado de maíz á un gallinero? ¿Has tirado algunos ochavos á los muchachos al pasar con la diligencia por los pueblos de la Mancha? ¿Has visto una jauría abalanzarse á la ralea?

Pues nada de esto es comparable con la arrebatiña que se armó en aquella guardaropía, ó por mejor decir, *pi rderopa*, pues ya comprenderás que nadie salió con su gabán y que muchos salieron sin ninguno.

Por desgracia, yo fui de los últimos. Había cogido un sobretodo inferior al mío (todos los que cogieron un gabán dijeron que era inferior al que habían perdido), cuando vino un *yankee* medio alumbrado y me lo arrebató diciéndome que era suyo. Fué á ponérselo y lo rebentó por las espaldas.

Muchos salieron sin gabán y perdieron además uno ó dos faldones de la casaca en la refriega.

Otros salieron con gabán, pero sin mangas, y muchos llevaron por todo abrigo unos cuantos porrazos de los arrebatadores.

De los sombreros no quiero hablarte, porque ya te harás cargo que al cabo de un rato de disputárselos y pasear por encima de mil quinientos energúmenos, no quedaba uno que tuviese forma de lo que había sido. Un ropavejero los hubiera rechazado.

Aquellos sombreros no servían más que para disfrazarse. Y á la verdad, cualquiera que nos hubiera visto salir habría creído que veníamos de un baile de máscaras.

Yo también salí disfrazado, porque cansado de esperar que una alma caritativa me dejase un abrigo y desesperado de hallar mi magnífico *pirlessus*, de chinchilla que me había costado la friolera de 75 pesos, fuí al salón de las señoras en busca de mi compañera, y como todo me salía de tajo aquella noche, me dijeron que se había ido sola, cansada de esperarme.

No hubo más remedio que lanzarme á la calle de cuerpo gentil.

Hacia un frío espantoso, y para no helarme las orejas tuve que atarme el pañuelo al alrededor de la cabeza. Esto, sólo, podía pasar, porque cualquier ciudadano puede tener dolor de muelas; pero tener dolor de muelas y andar de frac, de



guante blanco y sin sombrero por la calle á las cinco de la madrugada, con el termómetro bajo el punto de hielo, no es una cosa que se le ocurra á ningún hombre de buen humor.

Me sucedió lo que era natural. Mi chaleco abierto y bajo dejaba mi pecho en blanco y en ese blanco asestó sus tiros el inclemente frío, y una pulmonía se empeñó en que había de tumbarme y acabar conmigo; pero no logró ni siquiera cogermelo, así es que escapé del lance sano y salvo.

Pero podía haberme atacado ¿no es verdad?

Ya ves si tenía yo motivo para no escribirte.

No pararon ahí las desgracias de aquel baile.

Voy á traducirte la carta que recibí dos días después de aquella malhadada noche:

"Mr. John Bull.—Sir: la conducta de usted es inculcable. Dos horas estuve esperando á usted en el salón de las señoras. Al fin, viendo la manera inaudita con que faltó usted á los deberes de un caballero, me vi precisada á salir sola, y como no llevaba dinero, porque creí que no lo necesitaba yendo con usted, no pude cruzar el río en el vapor del ferry y tuve que pernoctar en la calle. Estoy enferma de un fuerte catarro y del berrinche que me dió, y he encargado á papá que si me muero reclame á usted daños y perjuicios.—Fanny."

En esta situación, ¿qué harías tú, JUAN PALOMO?

Mira si puedes sacar del atolladero á tu amigo

JOHN BULL.

PARIS, 10 DE NOVIEMBRE.

Yo tengo un amigo.... Esto nada tiene de particular. ¿Quién no tiene siquiera uno, como base de un futuro desengaño?

Este amigo es el hombre más crédulo y más entusiasta que ha nacido de madre.

Para él todo es moneda corriente, hasta el desinterés de los que se desviven por hacer la felicidad de la patria al mismo tiempo que su propio agosto; hasta la abnegación de los que se resignan á llevar sobre el cogote la abrumadora carga del man lo supremo.

Este amigo me sacó de mi casa una de estas últimas noches, á pretexto de enseñarme una maravilla.

Nos metimos en un coche, y á los pocos momentos parábamnos ante el número 9 de la rue Madame.

—¡Hemos llegado! exclamó Daniel; que así se llamaba mi amigo.

Y me llevó hacia un oscuro pasadizo, en cuyo fondo se veían, á la vacilante luz de un exiguu mechero, los primeros peldaños de una empinada escalera, digna de un palomar.

—¿Sabes que el palacio de las maravillas tiene todas las trazas de un gazapon? le dije.

—Sí, pero dentro está lo bueno! Voy á prevenirte una cosa. Que digas á todo amen cuando yo hable y que no cometas la imprudencia de reírte.

Subimos la escalera, y Daniel llamó suavemente á las puertas del quinto piso.

—¿Quién? respondió una voz de bajo profundo.

—¡Los espíritus! respondió Daniel ahuecando la suya.

—¿Qué espíritus....? ¿Parlantes, golpeantes ó dictadores?

—¡Dictadores!

—¿Cómo se llaman?

—Dante y Napoleón!

—¿De dónde vienen?

—De Júpiter y Urano.

La puerta se abrió.

Un hombre de luenga barba entrecana, de lívido rostro y de ojos hundidos, se presentó á nuestra vista y nos dijo, haciéndonos un saludo:

—Adelante, señores.

—Se ha empezado la sesión? preguntó Daniel.

—Todavía nó.

—Presente usted á un amigo aficionado.

—¿Creyente?

—¡A pié juntillas! me apresuré á decir, comprendiendo al fin de lo que se trataba.

—Evoca usted?

Daniel vino á mi auxilio, respondiendo al hombre de la barba entrecana:

—Principia ahora á ensayar sus cualidades de médium.

Y añadió, señalando á su interlocutor:

—El señor Lemerle, evocador de gran potencia, profesor espiritista, reformador de la doctrina de Gasparin, inventor de las visiones espectrales y redactor de *El Eco de Ultra Tumba*.

El gran espiritista nos introdujo en una pieza de unos treinta metros cuadrados, donde había una docena de individuos de ambos sexos.

En el extremo de la cama había colocado un gran lienzo blanco, que en forma de telor, bajaba desde el techo al pavimento.

—¿Qué es aquello? le pregunté á un amigo.

—Es el gabinete espectral.

Tomamos asiento, y á los pocos instantes se iluminó de repente la cortina del fondo y oímos una apagada melodía. Mr. Lemerle trazó en el lienzo algunos signos cabalísticos, y volviéndose hacia nosotros, dijo:

"Antes de empezar la sesión, creó de mi deber prevenir al honorable auditorio, que los maravillosos fenómenos que vá á presenciar son á las antiguas *mesas parlantes*, lo que las máquinas de vapor á los carromatos de nuestras antiguas menajerías. Los médiums que hasta hoy han combatido al público, no tenían de médiums más que el nombre; no hacían sino ridiculizar con absurdos juegos de manos la ciencia espiritista. Aquí, señores, no hay patateos de mesa, ni alfabetos interpretadores. Yo evoco real y verdaderamente. Mis espíritus no se introducen en un pedazo de encina ó de caoba para abrumar la inteligencia y algunas veces los pies de los operarios, con golpes imposibles de descifrar. Mis espíritus apa-

recen en espectro, bajo la forma que tuvieron en el mundo, y hablan y escriben tan correctamente, como ustedes y como yo."

Todos nos asombramos, como era de *ene*.

—¿Con qué espíritu quiere usted hablar? me preguntó Le merle.

—Con el del príncipe de Benevento.

—¿Sobre qué asunto?

—Sobre un asunto que nos interesa á todos y que está á la órden del día:—sobre la regeneración de la Francia.

El gran evocador gritó con acento cavernoso:

—Cárlos Mauricio de Talleyrand-Perigord, abandona el planeta donde te ha confinado el Gran Espíritu Creador y baja á tu antigua morada á iluminar el alma de un creyente con la verdad!

Trascurrió un minuto en el más profundo silencio.

De repente, se oyó un estallido como el rugir de una tabla desgarrada, y aparece una silueta en el lienzo de la cortina.

Las mujeres dan un chillido y se tapan la cara con las manos.

La silueta tenía casaca, calzon corto, zapatos de hebilla y peluca de rizos. Era Talleyrand en el traje de su juventud, en la envoltura de sus primeros principios.

—Le cedo á usted la palabra, me dijo M. Lemerle.

Daniel se puso detrás de mí.

—Espíritu de Talleyrand! grité con toda la fuerza de mis pulmones, revistiéndome de toda la gravedad que el caso requiere.—Te hallas dispuesto á responderme?

Profundo silencio.

—Te hallas dispuesto á responderme? repetí.

—Sí! respondió una voz melosa y aflautada, como debió ser la de aquel profundo diplomático.

—En ese caso, dime: ¿cuánto tiempo tardaría la Francia en regenerarse?

—Poco ó mucho, según.

—Pero se regenerará?

—Sí.

—Por qué medios?

—Son muy complicados y muy extraordinarios.

—La regenerarán estos ministros?

—Nó; uno sólo de entre ellos contribuirá á la obra.

—Cuál.

—Pouyer-Quertier.

—Puedes indicarme esos medios?

—Preguntándomelos si; por iniciativa propia nó.

—Espíritu de Talleyrand, figúrate que han pasado diez años. ¿Está la Francia regenerada?

—Sí.

—¿Quieres decirme si se ha acabado de pagar á la Prusia?

—Hasta el último centavo.

—¿Quieres decirme si ha conquistado Francia la Alsacia y la Lorena?

—Nó, pero las posee otra vez. Hemos comprado esas provincias á peso de oro.

—Por cuánto?

—Por veinte mil millones.

—¿Quieres decirme á cuánto asciende el presupuesto general de la Francia?

—A otros veinte mil millones.

—¿Y de dónde ha salido ese Páctolo? ¿Quién ha operado ese milagro de riqueza?

—El sistema tributario de Pouyer-Queriter.

—¿Puedes explicarme su mecanismo?

—Es muy complicado; pero te daré una idea de su maravilloso engranaje, por lo que paga *indirectamente* cada ciudadano francés: Por cada litro de aire respirable contenido en las piezas que habite, 10 céntimos; por cada fósforo que encienda al cabo del día, un céntimo; si el fósforo es para un cigarro, cuatro; por cada libra de azúcar, dos sueldos, y ocho por cada libra de café; por cada litro de agua, tres céntimos; si es para lavarse, uno; por cada hornillo de cocina, dos francos; por cada chimenea, seis; por tener mujer, un luis de oro anual; por cada hijo varón, tres luses; por cada hembra, luis y medio; por cada vez que tome el sol en el invierno, un franco; por cada vez que tome el aire en el verano, otro franco; por el derecho de tener paraguas, cinco sueldos; por la libertad de mojarse cuando llueve, cincuenta idem; por el derecho de saber leer, cuarenta francos; por el de saber escribir, ochenta; por el de gastar bigote, veinte; por el de llevar gafas, quince; por el de apoyarse en baston, diez; por el de rascarse la punta de la nariz, cinco; por el de permanecer soltero, ciento; por quedarse viudo, ciento cincuenta; por morir de muerte natural, sesenta; por el permiso de sonarse las narices con un pañuelo, diez; con los cinco mandamientos, cinco, uno por cada dedo; por cada estornudo en público, cinco centavos....

—Detente, espíritu de Talleyrand! Tengo ya una idea de lo que es ese admirable sistema tributario. Háblame de la barrera arancelaria; ¿ha disminuido?

—Disminuí? Trabajo le mando al artículo que le salte sin romperse la crisma! En comparación de ella, las cumbres de los Andes son miserables setos de heredad que puede uno salvar de un solo brinco.

—Puedes darme algunos datos?

—Sí. Cada extranjero que penetra en el territorio francés paga cien francos, siempre que su peso no exceda de ciento veinte libras, y que no traiga en el cráneo ninguna idea liberal, ni ningún proyecto de reforma útil, porque en cualquiera de estos casos, tiene que someterse á una escala progresiva, consistente en diez francos más por cada libra, y en doscientos por cada idea.

—Sigue.

—Los artículos extraordinarios y de uso rarísimo ó peli-groso, tienen diversas tarifas; por ejemplo: un adarme de sentido común paga mil francos de entrada, si es de *regalla*, y dos mil si está destinado á la renta pública; una onza de consecuencia política, paga diez mil francos; un grano de dignidad periodística, seis mil; un decilitro de verdadero patriotismo, cuatro mil; acidulado con algunas gotas de independencia española, veinte mil; un litro de bicloruro de veracidad, treinta mil. El guano y el acide de vitriolo no pagan derechos, siempre que el importador compruebe ante

el ministro de la moralidad pública, que dichos artículos están destinados á la fabricación de la tinta de imprenta. ¿Quiéres más datos?

—Nó; tengo bastantes para formar juicio. Y dime, ¿cómo anda la industria con semejantes sistemas?

—Crece como la espuma.

—Y el comercio?

—Revienta de gordo.

—Y la literatura, y las ciencias?....

—Nunca han estado más boyantes.

—Y el difícil problema del proletariado? se ha resuelto?

—Completamente. Todo el mundo nada á brazo partido en el mar de la abundancia.

—Gracias por tu complacencia. Puedes retirarte.

—Buenas noches.

Y la sombra de Talleyrand desapareció del lienzo.

Cuando me volví hacia los espectadores, hallé el salón vacío. Todos se habían marchado, excepto Daniel y Mr. Lemerle.

—Amigo mío, me dijo este; usted maneja los espíritus como un verdadero médium. ¿Qué tono imperativo! ¡qué fuerza de voluntad! Confiese usted que ha estudiado á Gasparin, que ha leído mis *Ecos de Ultratumba*; en una palabra, que no es usted un neófito....

Me despedí del gran evocador, y cuando bajaba la escalera con Daniel, oí su voz, que me llamaba, diciéndome:

—Eh! caballero! .... se me olvidaba! ... Padece usted alguna enfermedad crónica?

—Ninguna, gracias á Dios.

—No ha habido niugun tísico entre sus ascendientes?

—Tampoco.

—Es usted duelista?

—Dios me libre! Pero....

—No importa! añadió bajando la voz y acercándoseme al oído.—Todo el mundo puede pillar una pulmonía.

—Sin duda. Y qué?

—Que si tuviera usted la desgracia de morir antes que yo, le agradecería que me lo avisara *anticipadamente*.

—Para qué, santo varón?

—Para que me sirva usted de espíritu-corresponsal en el planeta adonde fuera destinado,

—Se lo prometo á usted.

Y eché á correr por la escalera, temiendo soltar en el primer tramo la carcajada que lancé en el zaguán.

Recréate, JUAN PALOMO, con la regeneración de la Francia.

FEDERICO DE LA VEGA.

## SARTENAZOS.

Una de las cosas en que mas se ha fijado JUAN PALOMO durante su breve escursión á Matanzas, es la iglesia parroquial, cuya reforma se ha emprendido hace algun tiempo.

Mucho se ha hecho ya en las obras, gracias al celo y constante afán del digno cura párroco Sr. Serra, pero aun queda bastante por hacer y la importancia de aquella poblacion exige que se haga pronto.

El Ayuntamiento ha ofrecido la cantidad suficiente para costear una nave; pero faltan recursos para otra, que seguramente facilitará la piedad religiosa.

El padre Serra, con notable interés por el esplendor del culto y por el bien de sus feligreses, viene dando gran impulso á las obras de restauración y no se verá abandonado ciertamente, por las personas que estan en posición de secundar sus plausibles proyectos.

Hemos recibido el número 5 de *La Revista Universal* de ciencias, artes y literatura, que con gran aceptación pública en Nueva-York el conocido editor Sr. Zarzamendi.

El último número no desmerece en nada de los anteriores, por lo que no vacilamos en recomendarlo al público por sus excelentes escritos.

## NIEVE!

Siempre con anante queja mi pobre pecho intranquilo, media noche era por filo y llegaba yo á tu reja.

La nieve en copos caía con mudo compás y lento, cuando, con asombro, siento que tu ventana se abría.

y al ver tu faz sin reproche asomarse al vidrio leve, pensé que á licuar la nieve salía el sol por la noche.

Niña, mi mal y mi bien, dime cuándo, por favor, deshará un rayo de amor la nieve de tu desden.

JULIO MONREAL.



Los laborantes tienen otra vez en campaña á *La Revolución*. *La Revolución* tiene su corresponsal en la Habana—¡por supuesto!

Y el corresponsal tiene ya mentiras que contar.

Me parece que no se puede pedir más.

Oigamos lo que en sustancia dice el corresponsal, sucesor del célebre Banoa.

Llora y gime porque en la Habana se acabaron aquellos círculos literarios, donde los sinsontes le daban no pocas desazones al pobre dios Apolo.

Patea porque los *asaltos* y *bailecitos* se han convertido en destierros.—¡Ole!

Y se pone triste porque le parecen poco curiosas las blusas azules de los voluntarios.—¿Qué me cuenta usted?

Y acaba diciendo que de este modo no se puede vivir. ¡Ya creo!

Hombre, que le bailen un poquito al corresponsal, á ver si se divierte el angelito....!

D. Narciso Mestre, que tiene su acreditado establecimiento de fotografía en la calle de O'Reilly, número 19, acaba de hacer un gran retrato, en la cámara-solar, del Sr. Tamberlick, retocado al *creyon* por el señor Melero. Ese retrato es de lo más perfecto que puede hacerse en el arte, y los que quieran convencerse de ello no tienen más que llegar al establecimiento mencionado y se convencerán de ello. Allí encontrarán también retratos de todos los artistas que componen la compañía de ópera; y si al ver todo esto, no entran en deseos de trasladarse también su imagen al papel, es seguro que

ó no tienen corazón

ó será de bronce ó peña,

pues las obras fotográficas del señor Mestre rivalizan con las mejores del extranjero.

El príncipe Alejandro de Rusia ha sido recibido por Mr. Grant con toda la prosopopeya debida á tan alto personaje.

Conviene saber que el augusto Alejandro mide cinco pies y tres pulgadas.

—¿Ustedes han visto el infierno?

—¡No!

—Pues vayan á la cazuela, en los teatros de *Tacon* y *Albini*, una noche de gran concurrencia, y verán la admirable *perturbación* de aquel paraíso. Ah! Aquello es poético! encantador! moralizador!

Mi amigo Manuel del Palacio le ha dicho á la momia del emperador Carlos V:

“Cadáver, en la tumba reverdece.”

Hombre, pues si ya reverdece, no hay más que podarlo para que retoñe.

La figura será buena, pero yo la encuentro demasiado verde....

El más notable, sin disputa, de los Almanagues ilustrados que se han publicado este año en la Corte, es el de la *Ilustración de Madrid*, que se reparte gratis á los suscritores que anticipen el importe del año 72 y que se vende á 4 reales á los no abonados en *La Propaganda Literaria*.

A su confección han contribuido la mayor parte de los colaboradores de tan acreditada revista, por lo que al texto se refiere, y los más distinguidos dibujantes y grabadores españoles, por lo que hace relación á la parte ilustrada.

*La Revolución* llama á Céspedes el *hombre de hierro*.

El presentado Urquiza dice que Céspedes jamás se ha batido con las tropas españolas: hágame usted el favor de hermanar estas opiniones.

Vamos, sí; será *hierro* metido aún en la mina, donde nadie lo vea.

Pues para que el *hierro* sea útil no hay más que *machacarlo*.—Entiende usted?

No lo entiendo.

Mr. Grant hace en su mensaje protestas de cordial afecto á España, y agrega que la cuestión de reclamaciones se arreglará “á completa satisfacción de los reclamantes.”

Los reclamantes contra España son insurrectos empedernidos, cuyos bienes han sido embargados como pertenecientes á traidores de la patria.

Con que si Mr. Grant arregla las cosas á satisfacción de estos nenes....

¿Se enteran ustedes? Yo nó.

Los últimos telegramas recibidos trascienden á hospital.

La princesa Alejandra, enferma.

El príncipe Bismark, intercidente.

La princesa de Gales, achacosa.

El príncipe de idem, con fiebre....

En cambio, yo sigo tan campante; verdad que no soy príncipe, ni siquiera persona principia.

Satisfactorio éxito consiguió en Madrid el apropiado cómicolirico, en verso y original de D. Rafael Santisteban, representado por primera vez en el teatro de los Bufos Arderius con el título de *¡¡Palomo!!*

Escrito expresamente para que pueda lucir sus especiales dotes cómicas, y ciertas facultades imitativas, el señor Rosell, con la facilidad y gracia que imprime á sus obras el señor Santisteban, sin pretensiones, dando agradable forma y verdadero interés á un asunto trivial, que ha logrado no hacer grotesco á fuerza de ingenio y con el exclusivo objeto de hacer amenos al público 30 minutos. *Palomo* resulta ser un juguete lindísimo que no desmerece, considerado bajo aquel punto de vista, de las mejores producciones del mismo escritor.

¿Tendrá alguna relación éste tocayo con mi persona?

En Bruselas se han apaciguado los disturbios.

Me alegro.

Esto prueba que los disturbios de Bruselas son de aquellos que se apaciguan.

Un alcalde trataba de justificar que uno de sus avecindados poseía lo bastante para atender á las obligaciones que iba á contraer al casarse.

El alcalde decía en la certificación que presentó al gobernador de la provincia:

“Excmo. Sr.: F. N. tiene un burro, y la que vá á ser su esposa una burra; el burro de F. N., como vucencia comprenderá, unido con la burra de la que vá á ser su mujer....”

Al llegar aquí, dijo el gobernador al que leía la certificación:

—Basta.... que los casen, y á los burros de los esposos que se les agregue el burro del alcalde.

El lunes 27 de noviembre, Víctor Manuel abrió personalmente el parlamento italiano.—Entusiasmo.

El lunes 27 de noviembre, el emperador Guillermo abrió personalmente el parlamento alemán.—Aplausos.

El lunes 27 de noviembre, Perico de los Palotes abrió personalmente la cabeza de su cónyuge, porque no andaba de recha.—Sobrevino el delirio.

El cólera se halla en Turquía.

En Turquía se halla también el gran remedio contra el cólera; porque, es probado, no hay como una *buena turca* para contrariar sus efectos.

—¿Sabes, Catalina, decía una señora á su criada, que el pavo que has traído está muy flaco, y no vale cosa para presentárselo á mis convidados?

—Tenga Vd. paciencia, señorita: cuando esté relleno, verá Vd. como hace efecto el animalito: le sucederá lo mismo que á Vd.; cuando se levanta parece usted una sardina; pero después de rellena, engaña usted á cualquiera.

Dicen que un diputado puerto-riqueño ha vendido á su ama de cria. ¿Y qué? ¿Judas no vendió á su Maestro?

De modo que si ya no podía servirle, para nada la quería. El estaba ya criado y no necesitaba más.

Llegó á una barbería cierto caminante, y le dijo el barbero: —Le voy á afeitar á V. con la navaja del emperador Carlos primero.

El rasurado lloraba cuando le afeitaban, y notándolo el rasurante le preguntó:

—¿Le hago á V. daño?

—¡Quí! Lloro al considerar lo que debió padecer el gran monarca.

Un marido, siempre que quería afirmar alguna cosa, ponía la mano sobre la cabeza de su mujer, y decía: *Juro por esta cruz que Dios me ha dado....*

## ADVERTENCIAS.

Con el presente número repartimos á nuestros antiguos suscritores la hoja número 10, correspondiente á Octubre próximo pasado, de la

### FLORESTA HISPANO-AMERICANA

del tomo tercero de esta preciosa colección de dibujos, que regala mensualmente JUAN PALOMO á sus abonados y que á los NO suscritores les cuesta 50 centavos.

Se suplica encarecidamente á los señores agentes y suscritores del Interior que se hallan atascados en el pago de sus abonos, se sirvan satisfacerlos á la mayor brevedad, liquidando sus cuentas hasta fin del presente mes de Diciembre, con lo cual nos evitarán no pocas dificultades y perjuicios en la Administración que para cumplir sus compromisos con la religiosidad que acostumbra, necesita también que los señores suscritores y agentes sean exactos en sus pagos.

## ANUNCIOS.

### LA PROPAGANDA LITERARIA.

Only house of its class. Established 1864. BOOK STORE.—NATIONAL AND FOREIGN NEWS-PAPERS.

PRINTING-OFFICE.—COMMISSIONS.—CONSIGNEMENTS.

Subscriptions admitted to the following foreign papers.

HABANA, O'REILLY NUM. 54.

Places of publication.	NAMES OF THE PAPERS.	PRICES.	
		6 months	One year
New-York.	Courrier des Etats Unis..	\$ 7	\$12
"	Messenger Franco Americ.	7	12
"	Courier des Etats Unis...	20	38
"	New-York Daily Herald.	20	38
"	" Tribune.	20	38
"	" World.	20	38
"	" Times.	20	38
"	" Weekly Herald.	5	9 50
"	" Weekly World.	5	9 50
"	" Weekly Tribune.	5	9 50
"	" Weekly Times.	5	9 50
"	Harper's Weekly.	5	9 50
"	Harper's Bazar.	5	9 50
"	Harper's magazine.	2 75	5 25
"	Frank Leslie's Illustrated.	5	9 50
"	" Chimney corner.	5	9 50
"	" Lady's Magazine.	2 75	5 25
"	National Police Gazette.	5	9 50
"	Illustrated Police News.	5	9 50
"	New-York Ledger.	5	9 50
"	Sporting Times.	5	9 50
"	Days' Doings.	5	9 50
"	Yankee Notions.	1 50	2 75
"	Scientific American.	5	9 50
"	Musical Times.	5	9 50
"	Staats Zeitung.	5	9 50
"	Echo d'Italia.	7	12
"	Journal of Commerce.	4 25	8
"	N. Y. Daily Sun.	14	25 50
"	Frank Leslie's Zeitung.	5	9 50
"	Literary Album.	5	9 50
"	Shipping & commerc. List.	7	13
"	Budget of fun.	1 80	2 50
"	Phony phellow.	1 50	2
"	Evening commerc. advert.	4 50	8 75
"	Evening Post.	10	18 50
"	Waverley magazine.	5 50	10
"	Jolly Joker.	1 50	2
"	L'Unione dei popoli.	7	12 75
"	American artisan.	2	3 50
"	New-York Clipper.	5	9
"	" Price current.	5	9
"	Semaine littéraire.	6	12
Paris.	Educational Gazette.	5 37	12
"	Appleton's Journal.	5	9
"	Ave Maria.	5	9
"	Le monde Illustré.	8	15
"	Comm. and financ. chron.	12	22
"	Econ. dry good reporter.	7	12
"	Freeman's Journal.	5	9
"	New-York Weekey.	5	9
"	Leslie's Lady's Journal.	5	9
"	Every Saturday.	5	9
Boston.	L' Abeille.	20	38
N.-Orleans.	The Picayune.	20	38 50
"	The Times.	20	38 25
"	Weekly Times.	5	9 50
"	Illustrated London news.	12	22 25
London.	Weekly Times.	6	12 50
"	Punch.	7 37	13
"	Economist.	10	30
"	European mail.	12	22
"	World of fashions.	2 75	5
"	London Lancet.	4	7
Bremen.	Weser Zeitung.	5	9 50
Bruselas.	Eco Hispano Americano.	9	17
Mexico.	La Iberia.	21	25 40
"	El Siglo XIX.	21	25 40
"	El Monitor Republicano.	21	25 40

NOTICE.—In the prices above mentioned, is included postage; it being therefore understood, that we send our papers free of postage, all over the Island.—We send sample copies free, whenever asked by letter.—We cannot admit subscriptions in the interior of the Island for less than six months.—Subscriptions must be paid in advance by bill of exchange to our order, or in Bank bills and postage stamps sent by registered letter.—Single copies sold on day of arrival steamers from New York & N. Orleans.—Orders admitted in Havana for single copies, payable on delivery.—Any other news paper not mentioned above, procured for customers.—All letters & orders must be sent to the proprietor of *La Propaganda Literaria*, O'Reilly 54, Habana.

Establecimiento Tipográfico de la Propaganda Literaria.

CALLE DE O'REILLY NUMERO 54.